

Pro Educación Humanística

UN grupo de intelectuales ha dirigido al señor Ministro de Instrucción Pública y al Superintendente de Educación Nacional, la solicitud que damos a continuación:

«Hombres consagrados enteramente a tareas espirituales y sin otra ambición que el prestigio y progreso de la patria chilena, sentimos el deber de decir nuestra palabra en estos momentos trascendentales para el país, en que se emprende la reforma integral de nuestra educación.

La enseñanza nacional hasta ahora ha vivido sin verdadera orientación. En los estudios secundarios—malamente llamados humanidades—y que constituyen la base de la formación del alma nacional, ha dominado una desgraciada anarquía. Ellos no han perseguido fines utilitarios ni tampoco fines humanísticos; eran una mezcla híbrida de ambas tendencias y su resultado necesario no podía ser otro sino el fracaso.

La reforma, por eso, se impone. Pero, considerando por un lado la escasa espiritualidad de nuestra raza, y por otro, el desprestigio en que parecen haber caído los estudios humanísticos, a causa de las pseudo-humanidades conocidas en Chile, miramos con zozobra la posibilidad de que esta reforma tome un rumbo netamente utilitario.

No desconocemos la conveniencia de que la gran masa estudiantil—la que va a ser el nervio de la industria, del comercio, de la agricultura y, en general, de toda la vida material y económica del país—sea encaminada con ese rumbo.

Pero no bastan el músculo y la riqueza para hacer grande y próspera a una nación. Es preciso que haya también cerebros.

Es necesario formar pensadores, artistas y sabios, estadistas y profesionales de cultura superior, y tal finalidad no podrá alcanzarse fuera de una educación humanística sólida y bien orientada, de una verdadera educación humanística.

Hay más. Las modalidades éticas, intelectuales y artísticas constituyen el alma de un pueblo y, por consiguiente, a estos aspectos superiores de la vida humana debe todo Estado organizado y progresista dedicar sus mejores esfuerzos, procurando despertar, por lo menos, en una parte escogida de sus ciudadanos el amor entusiasta y desinteresado por el cultivo de esas nobles preocupaciones.

En estos momentos en que una ola de materialismo tiende a destruir las grandes conquistas culturales, nosotros nos atrevemos a abogar por los derechos del espíritu, porque pensamos que para formar una nacionalidad fuerte, con hondas raíces en el alma y en el suelo patrio, como lo fueron Grecia y Roma, como hoy lo son Alemania o Francia, no basta el solo desarrollo de las actividades materiales, ni la inoculación de un concepto utilitario de la vida en el espíritu de los jóvenes. Hácense indispensables, por el contrario, el estudio y comprensión de las fuentes mediterráneas de nuestra lengua, de nuestro pensar y de nuestro sentir, junto con la meditación razonada de nuestro medio ambiente: sólo así lograremos constituir una nacionalidad robusta y vital, porque la patria, en último análisis, no es sino una manifestación externa de la cultura de un pueblo.

Ahora bien, los altos valores culturales no se encarnan, propiamente, en la muchedumbre de una nación, sino en sus individualidades superiores—superiores por su alto nivel intelectual, moral y artístico—y, en consecuencia, el problema fundamental de la instrucción reside en la formación de esas individualidades superiores.

Concebimos la cultura humanística—única capaz de engendrar dicho tipo de hombres—como una cultura que posee un esencial sentido humano, o en otras palabras, una cultura que sin descuidar los fundamentos de las ciencias naturales y de las matemáticas, y sin menospreciar la educación física, consagra

su especial atención a los conocimientos que se refieren al hombre y a los grandes problemas de la vida. (Filosofía, incluyendo sus diversas ramas, metafísica, psicología, ética, estética, etc., historia, literatura comparada, historia del arte, lenguas clásicas y modernas, sociología, religión, etc.)

Una cultura de esta naturaleza tiene múltiples ventajas de orden intelectual, moral, artístico y social.

Provoca en la inteligencia un estado de constante curiosidad, lleva al individuo a formularse los capitales problemas de la vida y del mundo, y es fuente inexhausta de vida interior; despierta el espíritu de iniciativa y de lógica, enseña a inducir, a deducir, a coordinar, a pensar, en suma; y en fin, infunde esos hábitos de orden, de método, de claridad, tan raros entre nosotros, que repercuten en el pensamiento hablado y escrito.

El estudio y contemplación de las obras maestras del arte contribuye a desarrollar la sensibilidad artística y a formar el gusto estético, ensanchando los horizontes espirituales del individuo.

En las esferas de la moral individual y social la educación clásica produce, igualmente, bienhechoras influencias. En la filosofía y en la historia aprende el joven la relatividad de las cosas humanas; nace la ecuanimidad, la tolerancia, esa noble serenidad del espíritu que los griegos llamaban «sophrosyne» y que apreciaban como la más alta de las virtudes. Con ello se embellece la vida, se hacen gratas las relaciones sociales, y pierden su encono las luchas políticas. El contacto con las grandes figuras de la humanidad abate el narcisismo presuntuoso e infunde modestia; los elementos de comparación que ofrece el conocimiento de otros pueblos y costumbres contribuyen a la formación del criterio; la valorización de las cosas del espíritu, finalmente, es un importante factor de paz social, provoca el desinterés material, el hombre se espiritualiza y de este modo la lucha por la vida se torna menos brutal. Hasta los negocios del Estado ganarían con hombres acendrados en el crisol de los estudios clásicos. Las funciones públicas dispondrían, para su servicio, de un mayor número de hombres honrados y fruga-

les, ya que el desarrollo de la vida interior disminuye la importancia de la vida puramente material y externa en que hoy ponemos nuestra única mira. El empleado público no necesitaría ya de sueldos exagerados con que satisfacer las exterioridades que le exige una sociedad que desconoce las altas idealidades de la inteligencia. Ejemplos a profusión nos ofrece la vieja Europa; profesores célebres, gloriosos generales, grandes estadistas viven humildemente y no obstante se sienten rodeados de aureola y sienten ellos mismos la superioridad que les da el noble pensar: son humanistas. La grandeza la poseen oculta, está en ellos mismos y no en el mundo externo.

La educación clásica, en suma, en los casos en que no produce individualidades insignes, da por lo menos, ese amable tipo humano que los franceses denominan «*honnête homme*», poseedor de una cultura general del espíritu, hombre enamorado de las lenguas clásicas y de las literaturas antiguas, curioso y enterado de las artes y las ciencias de su tiempo, y apto para cualquier género de trabajos o disciplinas en que impere la inteligencia.

Agreguemos todavía, a mayor abundamiento, que entre la cultura utilitaria y la humanística no existe incompatibilidad alguna: la segunda es complemento de la primera. Aquellos pueblos en que la acción individual no está dirigida por una alta cultura, se hallan destinados a ser instrumentos de otros pueblos donde tal cultura existe. El utilitarismo conduce fatalmente al internacionalismo: el comercio, la alta banca no tienen patria.

La historia, por otra parte, nos enseña los resultados funestos a que se llega dondequiera que una elevada cultura no ha iluminado la inteligencia: las aberraciones de la superstición, la lucha feroz por el dinero, que llega a ser el único bien apetecido, la depravación edonística reemplazan a las nobles preocupaciones del espíritu que tienen la virtud de canalizar y purificar los fervores de la adolescencia.

Urge, pues, encarar el problema de la educación nacional desde este punto de vista fundamental, sin que ello quiera decir que a todo el mundo pueda darse esta cultura humana y trascendente que propiciamos.

En virtud de las anteriores consideraciones y convencidos de que el movimiento de renovación cívica emprendido por el Supremo Gobierno exige imperativamente, para que su eficacia no sea transitoria, que vaya acompañado de un intenso movimiento cultural, único que dará al país verdadero prestigio intelectual y moral, y solidez a sus instituciones, venimos en proponer a la consideración de los señores Ministro de Instrucción Pública y Superintendente de Educación Nacional las siguientes reformas educacionales que realizarían, siquiera en parte, las aspiraciones a que nos venimos refiriendo:

1. Crear en cinco o seis liceos, ubicados en las cinco o seis principales ciudades de la República, cursos destinados a proporcionar una seria cultura humanística, con enseñanza especial de filosofía, literatura, historia, lenguas vivas y muertas, historia objetiva del arte, sociología, religión ética, estética. Bajo una disciplina intelectual severa y con una preparación de siete u ocho años de estudios, educaríanse en esas aulas los jóvenes que aspiran a los estudios superiores y a las carreras liberales. Terminaría de este modo la plétora de bachilleres y profesionales que, sin capacidad ni conocimientos para campear en la vida, se refugian bajo el alero del empleo público, y de consuno, un nivel cultural superior vendría, como savia nueva, a remozar el viejo plantel de nuestra Universidad.

2. Crear una Escuela de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde los jóvenes estudiosos puedan satisfacer sus anhelos de saber, completando y ahondando de manera noble y desinteresada los conocimientos adquiridos en los establecimientos humanísticos de segunda enseñanza. Escuelas de esta naturaleza existen en todos los países cultos de la tierra y la falta de ella ha sido hasta ahora uno de los grandes vacíos de nuestra educación pública.

3. Crear en el Instituto Pedagógico las Cátedras necesarias para la formación de un profesorado idóneo destinado a los liceos humanistas, y contratar con este mismo fin, y para ciertos ramos, profesores extranjeros.

(Firmados) Pedro Pablo Larraín G. M., E. Solar Correa, C.

Silva Vildósola, Emilio Tizzoni Luciano, G. Arrieta, Osvaldo Vicuña L., Carlos Vergara Bravo, Carlos Suárez Herreros, A. Donoso, Mariano Latorre, Dr. Luis E. Mourgues, Carlos R. Mondaca, E. Vaïsse, M. Correa Pastene, Julio Pérez Canto, Samuel A. Lillo, María Brunet, Edo. Barrios, Ricardo Donoso, Raúl Silva Castro, Ramón Osa, Hernán Díaz Arrieta, R. A. Laval, Mario Mitjans, Hipólito Galante, Juan Gómez M., Francisco Servat, Alejandro Ríos Valdivia, R. Salinas, Rodolfo Oroz, Osvaldo Rojas Fraga, José del Carmen Gutiérrez, Carlos Klockmann, Santiago Holtheuer, Carlos Dankert, Roberto Donoso, A. Pérez.